

El sí mismo como oposición a la función

Javier García Moritán¹

Resumen

Es el análisis desde un existencialismo que se pregunta cómo se condice mi ser con la función que desempeño. Desde dicha individualidad concreta en la que descubro que *yo no soy evidente para mí mismo*, abordamos determinadas formas de despliegue de nuestra identidad, en las que me encuentro, mas no soy idéntico con ellas. La mirada empírica de la existencia será el terreno sobre el cual actuar *en mí* para llegar a ser *quien soy*, sin por esto agotarse el ser en su función: sea social, corpórea o profesional. Me conozco en *lo que hago* ergo mi existencia trasciende toda objetividad en un movimiento que tendrá a la comunicación como imprescindible tanto en la relación conmigo mismo como con los demás.

Palabras clave: Existencia – Función – Comunicación

El existencialismo como marco

Se trata del análisis desde un existencialismo que se pregunta cómo se condice mi ser con la función que desempeño en los diversos ámbitos de la vida social. ¿Hay correspondencia entre quien soy y a qué me dedico, qué me

¹ **Javier García Moritán** es Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires (Argentina); miembro del Instituto Emmanuel Mounier Argentina; director del sitio "Acto y Potencia, pensamientos en clave personalista"; colabora con "Persona. Revista Iberoamericana de Personalismo Comunitario"; escribe artículos y ensayos desde la perspectiva del personalismo.

interesa o cómo soy reconocido? De aquí que abordaremos nuestra propuesta de problematización existencial desde una individualidad concreta en la que al acaecer la primera reflexión descubro que *yo no soy evidente para mí mismo*. Es decir, a la hora de indagar en mi persona, constituida por razón, emoción, corporalidad, espíritu, inclinaciones y contenciones, de inmediato accedo a comprender que si existe algo así como el *sí mismo*, el yo originario, mi ser más auténtico, no es algo a lo que se llega en una primera mirada, sino que hay que profundizar en este ente que soy. A partir de esta situación como punto de partida, indagaremos determinadas formas de despliegue de nuestra identidad, en las que me encuentro, participo, incluso me conozco, mas no soy idéntico con ellas.

Encaramos la temática, como mencionamos, desde lo individual y concreto, por oposición a lo universal y abstracto. Pero no por desacreditar los abordajes totalizantes, sino porque nos interesa para esta propuesta el individuo en su concreta realidad, con sus problemas cotidianos, su existencia en acto. En este sentido y con Maurice Blondel optamos por un *pensamiento pensante* más que por un *pensamiento pensado*, dado que interesan mucho más las respuestas que yo puedo dar ante la inquietud filosófica, desde mi ser descarnado ante la vida, en donde me encuentro con preguntas que no siempre puedo responder; que refugiarme en una explicación omniabarcativa, pensada por otro y que a decir verdad no me sabe a nada, y nada dice de mi realidad frente al mundo. Y en esta disquisición, Ismael Quiles señala en función de contrastar con esas filosofías constructoras de sistemas "¿qué aliento, qué confortación puede encontrar en estas reconstrucciones abstractas un amante desilusionado, una madre que acaba de

perder a su hijo, un hombre lanzado a un campo de concentración?”²

Y con esta idea nos apresuramos ¿qué idea del filosofar nos convoca? De ninguna manera la que nos provee de nuevos conocimientos o saberes, sino como acción interior que nos hace llegar a ser nosotros mismos. La apertura al *pensamiento pensante*, en tanto podamos despertar a una filosofía propia que conduzca a lo originario.

Reivindicación de una metafísica de la “existencia”

¿De qué se trata este camino? Existe una realidad que sobrepasa todo lo que puede ser directamente expresado y transmitido por conceptos. Debajo de lo evidente, del tedio de la rutina y la repetición de lo cotidiano, hay un sentido no objetivo, no objetivable, no empírico, quizás, en términos de Marcel, *inverificable*, pero que sin dudas ofrece la razón de ser de las cosas y la objetividad de los objetos. De aquí la “existencia” de Kierkegaard que toma Jaspers, que sin llegar a ser un “concepto” en el sentido clásico de la palabra, sería un “índice que indica ‘más allá de toda objetividad’”. Ahora bien, el problema es que siempre tenemos que hablar objetivamente - así lo establece la convención que nos permite una primera comunicación- mientras que lo que se quiere mostrar no es objetivo, ni objetivable. Así “la objetividad del lenguaje en Jaspers debe denunciar lo inobjetivable; debe suprimirse a sí misma, desaparecer, para que se muestre “otra cosa”, indica el estudioso de la obra de Jaspers, Mario Presas³.

² Quiles, Ismael; *El existencialismo*; Depalma; Buenos Aires; p. 8

³ Presas, Mario; *Situación de la filosofía de Karl Jaspers*; Depalma; Buenos Aires; 1978; p. 45

De esta manera nos acercamos al recorte pretendido por este trabajo en donde concebimos la filosofía, no como algo que da resultados, ni resume en fórmulas la sabiduría del universo; antes bien, escribe Heidegger: “hay que frecuentar los pensamientos filosóficos para llegar a saber qué le ocurre a uno en virtud de ello. Los conocimientos que allí surgen no subsisten como contenidos enseñables, sino como los propios actos de pensar que operan una actitud interior. En ella se nos esclarece el modo en que nos encontramos en el mundo”⁴.

En síntesis, aludimos a esta realidad metafísica como algo inefable, que no se puede dar cuenta de ella por medio de signos que aludan objetivamente a algo; pero que en cierto modo es posible “hacerla presente”⁵. Y aquí la *comunicación indirecta* de Jaspers es asimilable a la metáfora en Bergson, de la irreductibilidad de cualquier enunciado a un absoluto. En otras palabras, esta *comunicación indirecta*, propiamente humana, que se abre paso por sobre la linealidad del discurso, impide reducir el lenguaje a la técnica expresiva, o la existencia a acontecimientos de significado unívoco. Por el contrario y profundizando en la experiencia de vivir y en el conocimiento de uno mismo, se advierte el límite del lenguaje como herramienta y el entendimiento de la vida en forma objetiva. Gabriel Marcel describe esta realidad metafísica en “De la negación a la invocación”, como la *reacción vital*, que fue la fuente de su pensamiento filosófico, cuya naturaleza no resulta fácil de precisar. “Tal vez –menciona Marcel sobre el despertar a esta hermenéutica de la vida-, se la pudiera comparar con la reacción que se produce cuando intentamos acordarnos de un

⁴ En Presas, M.; op. cit.; p. 48. Carta de Martin Heidegger a Jean Beaufret

⁵ Ibid., p. 42

nombre olvidado y se nos sugiere uno que sabemos con certeza que ‘ése no es’⁶.

Y esta sensación que se traduce en una manera de indagar la realidad, de relacionarse con los demás y de expectativa, diría, ante la vida, nos adentra al dilema que nos planteamos a la hora de comprender nuestra identidad, nuestro ser, con la función con la cual se nos quiere determinar. Tomaremos para esto la famosa diferencia que establece Marcel en su obra “Ser y tener” de 1935, entre problema y misterio. Fundamentalmente un *problema* es algo externo, algo que me sale al cruce; el *misterio*, por su parte, me comprende. El *problema* supone ya una delimitación o traslado de la realidad al orden lógico o esquemático. Pero algunas experiencias – asevera Quiles⁷-, y por cierto las más íntimas, escapan a toda problematización. Se nos hacen presentes y solo podemos percibir las como una vivencia, como un existir. Resultan de esta manera inaccesibles a nuestra “razón problematizadora”, porque no son suficientemente lúcidas. ¿Y cuánto de esta falta de lucidez, me pregunto, nos circunda? ¿cuántas vivencias de este tipo, al intentar expresarlas en clave de problema, es decir, desterrando el misterio, rebajándolas a *meros datos del acontecer*, pierden la realidad íntima con que se nos dan a la experiencia? Este misterio ontológico hay que aceptarlo o rechazarlo, asegura Marcel. Este carácter de presencia del misterio constituye *lo no-objetivable*.

“De la mano de la problematización, yo, que es sujeto, se hace objeto para mí mismo” señala Jaspers⁸ y esto ocurre siempre que

⁶ Marcel, Gabriel; *De la negación a la invocación*; en Obras Selectas II; BAC; Madrid; 2004; p. 9

⁷ Quiles; op. cit.; p. 296

⁸ Jaspers, Karl; *Filosofía*, Tomo I; Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Revista de Occidente; Madrid; 1958; P. 422

tendamos a interpretar la existencia desde un plano objetivo, sin comprender que la existencia supera esa instancia, que sólo es un modo de ser, el ser de la razón, canonizado por la modernidad y que se ha vuelto la ideología subyacente que sesga una mirada más amplia de la existencia y en cierto modo, más real. El misterio es abandonado, y con él, el hombre pierde los móviles que dan atractivo a su vida. Sólo queda a la deriva de proposiciones objetivas, pero sin fondo, sin espíritu, esfumándose esa presencia de ser, que se lleva consigo su dignidad.

El ser y la función

Así ocurre, según Jaspers, en la existencia empírica. “Me sé –señala el autor- como una existencia empírica específica según mi peculiar figura corporal, su tamaño, fuerza y modo de moverse, y me sé como fluctuante en todas las modificaciones que experimenta mi cuerpo por virtud de las situaciones, la enfermedad, la edad”. Dicho esto, continúa Jaspers explicando que de esta manera “yo veo mi corporeidad, y al verla me parece separarme de ella, y sin embargo soy uno con ella”. Y concluye, “pero este ser uno no es ser idéntico. Yo no soy mi cuerpo”⁹.

Aquí comienza Jaspers en “Filosofía” -libro central de su obra- su análisis sobre las distintas maneras de identificarnos, objetivas, en las que participamos, pero con las que no nos correspondemos completamente. Quizás este postulado no sea la tesis más extraordinaria que pudiera enunciarse, ahora bien, su sentido, tal vez dramático, se encuentra en que ser consciente de que el *sí mismo* no es idéntico con una función, me abrirá el camino para llegar a ser quien soy. Por el contrario, el no darme cuenta de esto, es decir, de la adhesión de mi ser a una función, aunque

⁹ *Ibíd.*; p. 425

bien pueda hablar de mí, jamás dirá quién soy. En “Fe filosófica” Jaspers decía que “el peligro del hombre es que esté seguro de sí mismo, como si él fuera ya lo que puede ser.”¹⁰

En cuanto al cuerpo, con el que si bien soy uno, mas no idéntico a él, se establece una primera diferenciación. Jaspers sostiene de modo sencillo la demostración de que yo no soy mi cuerpo en tanto que “yo puedo perder un miembro, sin embargo yo sigo siendo yo”. Asimismo, “yo estoy presente en las funciones vitales de mi cuerpo, pero yo no soy estas funciones”. Lo mismo señala sobre la materia del cuerpo, la que se renueva continuamente, sin alterar quien soy.

Del mismo modo “yo me puedo pensar *como aquello* que yo *valgo* en las relaciones de la vida social”¹¹, señala Jaspers dando un paso más. Se refiere a la función en la profesión, derechos y deberes que se me imponen como mi ser. Es la situación surgida a partir de mi acción sobre otros, la cual, lo quiera o no, genera una imagen de mi ser. “Esta imagen -sigue el autor- actuando retroactivamente sobre mí, se cierne insensiblemente ante mí y yo creo ser lo que soy para otro”. En este sentido argumenta que nuestro *yo social* nos domina hasta el punto que parece que un hombre cambia de ser cuando cambia su posición social y los hombres con quienes trata. Sin embargo “como yo social no soy yo mismo”. Es que si incluso se me arrancara de mi mundo, no por eso tengo que ser nada, sino que todavía en la catástrofe puedo despertarme como *mí mismo*¹².

¹⁰ Jaspers, Karl; *La fe filosófica*; Losada; Buenos Aires; 2003.

¹¹ Jaspers; *Filosofía*; op. cit., p. 426

¹² *Ibíd.*

Respecto a la posición en la sociedad, yo soy en determinada clase social, habito una clase social, como también una peculiaridad histórica. Aquí asistimos a la *existencia empírica de mi mundo*. “En una sociedad racionalizada, la sustancialidad de lo peculiar es suprimida cada vez más [...] Yo soy en la existencia empírica social lo que en ella posea en derechos y deberes”¹³. Cada cual es en principio, como cualquier otro, decimos con Jaspers, tan solo un ejemplar que debe participar de la misma manera en las posibilidades sociales. En conclusión, como tal yo social, yo soy *nosotros todos*, dejando a un lado mi subjetividad irreductible. “Mi yo social, que no dejo de ser, como tampoco dejo de estar ahí como cuerpo, se convierte para mí en objeto, del cual yo me aparto al mismo tiempo. Me conozco en mi rol social, pero no soy idéntico a él”¹⁴.

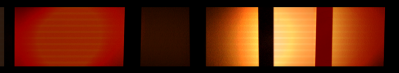
De este modo, también valgo ante los ojos de los demás por aquello que *hago*. Y “me hago objetivo para mí de nueva manera”, señala Jaspers. Así en el *yo-producción* puede coincidir la conciencia del yo con la conciencia de lo producido¹⁵. Pero yo no soy lo que hago, en ningún caso me agoto en lo que hago.

Por último, yo sé lo que soy por virtud de mi pasado. Lo que he vivido y lo que he visto, lo que he hecho y lo que he pensado, lo que me han hecho y la manera en que he sido ayudado; todo esto determina mi actual conciencia del yo. Este *yo-recuerdo* es irreflexivo, no se pregunta y se hace objetivo. Si me identifico con la imagen que tengo de mi pasado me perdería a mí mismo.

¹³ *Ibíd.*, p. 427

¹⁴ *Ibíd.*

¹⁵ *Ibíd.*, p. 428



Conclusión

Hemos evaluado distintas instancias de la existencia empírica, objetivada, en donde lejos de negar los modos de desenvolverse una cultura, desde una mirada sociológica, con las particularidades de cada contexto, desde este existencialismo podemos argüir, que yo me capto en cada uno de esos fenómenos sin que mi ser se cristalice en ninguno de ellos. Yo me capto en mi cuerpo, como en la vida social y en el rol que me toque desempeñar, sea en la profesión, como en una clase social, incluso en los hábitos que me caracterizan, si es en la práctica deportiva o artística, etc; me capto en dichas realidades, es más, me conozco en dichas situaciones pero no soy ninguna de ellas por entero.

Por estas razones yo no sé de una manera inmediata qué y cómo soy *en mí mismo*. Pero sí infiero mi ser como aquello que está *en el fondo* de toda manifestación mía, que en última instancia es un misterio y que si quiero problematizar de modo objetivo, la realidad más honda que me comprende, se me escapa. Seguramente una filosofía dialógica, del yo y tú, que dé lugar al otro como razón de mi realización, sea el camino que resuelva este primer interrogante existencial, pero esa ya es otra historia.